

## CAPITULO XXXVI

### LAS VACILACIONES DE MAXIMILIANO

**M**AXIMILIANO llegó á Orizaba con unos doscientos bultos de equipaje á las cuatro de la tarde, haciéndole los honores militares el coronel francés Peirier con la guarnición, que le formó valla é hizo un disparo de veintiun cañonazos. Le sirvió de alojamiento la misma casa de Bringas que había ocupado en otra época más feliz cuando llegó de Europa lleno de ilusiones á regir un imperio en donde según le habían dicho encontraría todos los brazos abiertos.

Su viaje había tenido pocas peripecias: sus conversaciones con los belgas y austriacos que lo rodeaban, como médicos, cortesanos y consejeros, no tuvieron otro tema que el de la abdicación.

Los más prudentes, los más juiciosos le decían:

—Abdicad.

Los más necios, y los más interesados en que persistiera una situación que se desmoronaba y principalmente el Padre Fischer, le repetían:

—No abdiqueis.

Y el pobre Archiduque seguía estas diversas inspiraciones diciendo un día:

—Abdicaré, es fuerza abdicar.

Y al otro:

—La Europa entera se reirá de mi abdicación. No abdicaré.

Cuando llegó á Orizaba y se vió aclamado por la multitud, se le oyó exclamar casi con lágrimas en los ojos:

—¡Y había yo de abandonar á tantos partidarios como tengo!

Pero al día siguiente después de haber dormido bien con la fatiga del viaje y habiéndose aconsejado de su almohada mandó la mayor parte de sus equipajes á Veracruz para que fueran depositados en el buque de vapor austriaco que le estaba aguardando para llevárselo.

El Padre Fischer escribió luego á México:

«No se alarmen ustedes por este paso del emperador que parece decisivo, cuento con su carácter voluble. Si logro detenerlo quince días más es nuestra la partida.»

Quienes más empeño tenían naturalmente en que se ganara la partida, esto es, en que no se fuera Maximiliano, eran los individuos del alto clero, porque ya les había dado por las narices que Napoleón III quería dejar en México un gobierno liberal que le reconociera sus créditos; y un gobierno liberal ó cualquiera otro que pudiera formar Bazaine, seguro dejaría fuera del poder al clericalismo, y lo que es más, sin esperanza de volverse á juntar nunca con

los bienes nacionalizados. La política entonces estaba adherida á lo que se llamaba la *mano muerta*, y la *mano muerta* se llamaba á los bienes del clero, seguramente porque procedían de lo que le habían dejado los difuntos en sus testamentos ó porque se encontraban estancados, es decir, *muertos* para toda industria y para todo progreso.

Un austriaco Herzfeld, que se llamaba consejero de Estado y que había recibido orden de permanecer en México arreglando ciertos asuntos, abandonó estos para ir á esperar en Orizaba á Maximiliano, como uno de los más empeñados en la abdicación.

—Sire, le dijo abordándolo al segundo día, después de disculparse de su apresuramiento en acudir y de su desobediencia, ya estamos á corta distancia de la salvación. ¿Nos embarcaremos mañana?

—Todavía no, le contestó el archiduque, hay mucho que hacer antes de que abandonemos este suelo.

—No veo nada que nos detenga urgentemente, Majestad: todo está dispuesto para la marcha.

—Todo no, Herzfeld. Hay muchos extranjeros que han venido siguiéndonos á quienes no podemos dejar abandonados; hay también muchos mexicanos imperialistas comprometidos.

—Poniéndose V. M. en salvo, cada uno de los demás procurará buscar salida. Allí queda aun Bazaine con sus tropas y él se encargará de dar protección á todos.

—¿Y los que en mi nombre combaten en todas partes?

—Esos seguirán batiéndose lo mismo por cualquier fantasma de gobierno que se les deje.

—Pues aun para dejarles ese fantasma de gobierno necesitamos tiempo. ¿Qué gobierno les dejamos?

—Una regencia, un ministerio, un lugarteniente, una junta de notables, cualquiera cosa. Vámonos, vámonos pronto.

—Harzfeld, mañana quizás pronunciaré mi última resolución.

El Padre Fischer que estaba acechando, entró al gabinete imperial luego que vió salir á Herzfeld y dijo á Maximiliano:

—Señor, he visto á Herzfeld lívido de miedo: le parece que los *chinacos* de Juarez le vienen pisando los talones. Es un hombre que está muerto moralmente. No hay que creer en sus palabras porque no tiene ya sangre fría para raciocinar.

—En efecto, contestó Maximiliano: me aconseja que nos hagamos á la mar inmediatamente.

—¡Pérfido consejo por vida mía! Como si el hombre á quien con tanto entusiasmo ha confiado un pueblo sus destinos, y un hombre de estirpe real, pudiera volverle la espalda al peligro y huir cobardemente deshonorándose.

—Fischer, Fischer, los términos son duros.

—Son los de la verdad, Señor; son los de un verdadero amigo y vasallo que quiere no solo que se salve la vida de su soberano, sino antes que todo su honor que es lo principal.

—Mi honor está á salvo desde que Napoleón no ha cuidado del suyo.

—¡Cómo!

—Los términos de nuestra convención los conoce todo el mundo. El se comprometió á sostener mi

trono, á apoyarme con su ejército por determinado número de años, y desde el momento en que él no cumple su palabra, yo no estoy obligado á mantener la mía.

—El argumento es fuerte, pero especioso. V. M. no juró ante Napoleón sino ante los mexicanos mantener su corona en las sienes.

—Los mexicanos me rechazan. Grandes turbas siguen á Porfirio Diaz, á Corona, á Escobedo y á Juárez.

—V. M. lo ha dicho: son las turbas: Los hombres de bien, los decentes, los ilustrados, los ricos, los que valen, son, todos imperialistas. Además, á estos imperialistas los siguen los buenos militares como Mejía y Mendez y todas las clases trabajadoras de las ciudades y de los campos. ¿Acaso V. M. no es aclamado en donde quiera que se presenta?

—Es verdad.

—Pues es el verdadero pueblo el que lo aclama.

—Sin embargo, mi determinación está tomada: yo abdicaré y lo único que deseo es que ustedes mis buenos amigos, me ayuden á encontrar la buena forma.

—Eso es lo que queremos todos: que quede á salvo el honor de V. M. con una forma correcta. Vendrá la abdicación; pero en el momento oportuno, esto es, cuando falten los buenos cimientos al trono.

Conseguido lo que quería, el aplazamiento, Fischer salió de la habitación imperial para ir á comunicar á sus parciales lo que pasaba y para que se apresuraran por su parte á mover las teclas que pudieran.

Los otros extranjeros que rodeaban á Maximiliano le hablaban unos en favor de la abdicación y otros en contra y más lo hacían fluctuar entre ambos pareceres; concluyendo á la postre con dar orden á Herzfeld de que se marchara á Europa para preparar bien la opinión en favor del regreso, una vez que á tal individuo como decía el Dr. Bach el suelo mexicano le quemaba las plantas.

Por consejos de Fischer se nombraron comisiones de Puebla y de otras ciudades compuestas de personas principales para rogar al Archiduque que no abandonara el trono, y el Archiduque les contestaba, sin comprometerse á nada, que estaba meditando el paso final, que de todas maneras iría procurando dejar asegurados los intereses de los imperialistas comprometidos.

El edificio imperial estaba pues en esos momentos, si no desplomándose, al menos sufriendo trepidaciones, bamboleos, desquiciamientos, como si lo azotara la más furiosa de las tempestades y estuvieran sus cimientos á flor de agua. Era como una barca sin timón, cuyos tripulantes hacían apenas débiles esfuerzos para que no se fuera á pique.

En los días siguientes mientras Maximiliano arreglaba sus cuentas personales, escribía cartas de despedida y dictaba el plan para el viaje que en una semana próxima iba á emprender: el Padre Fischer estableció en su gabinete un «club anti-abdicacionista» compuesto de Scarlett ministro inglés que había ganado á su causa, Sanchez Navarro, el ministro Arroyo, los comisarios, el ayudante Ormachea, y otros restos de la extinguida corte, entre los que fi-

guraban tres ó cuatro personajes mexicanos que se daban el título de hombres de Estado, y en este club se tramaba todo lo que podía servir para contrariar los trabajos de Bazaine, del Dr. Bach y de otros abdicacionistas.

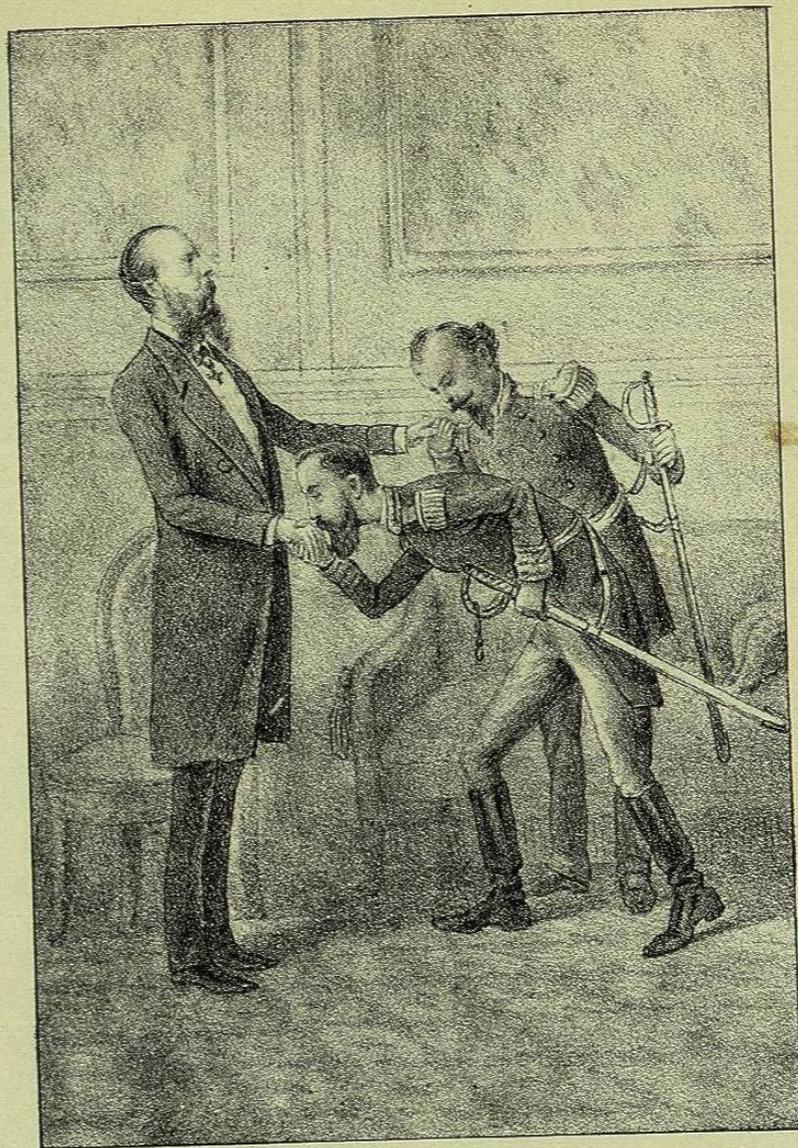
El 8 de Noviembre Maximiliano dictó resoluciones que parecieron concluyentes. Anunció oficialmente su vuelta al ministro de relaciones de Austria y mandó su despedida con sus últimas instancias al mariscal Bazaine. Los del Club contrario á la abdicación, se consideraron perdidos. De un momento á otro sería esta publicada, pues hubo quien dijera que ya la había visto escrita del puño y letra de Maximiliano; pero el día 9 desembarcaron en Veracruz los generales Márquez y Miramón, y todos los conservadores que había en Orizaba se restregaron las manos exclamando:

—¡Estamos salvados!

El mismo Maximiliano sintió como que circulaba algo de más calor en sus venas, que á pesar de la buena temperatura, estaba sintiendo muy frias, y también se aventuró á decir en la mesa á sus íntimos:

—Al fin que todavía tenemos muchas semanas disponibles para partir, nadie nos exige el apresuramiento, esperaremos á saber qué ideas nuevas nos traen estos generales.

Y tal regocijo sintió Maximiliano luego que vió á Márquez, que corrió á su bufete y sacó una Gran Cruz de la Aguila Mexicana, de cuyos dijes estaba bien provisionado, colgándola al cuello de este general como si acabara de obtener una victoria, aun-



*Marquez y Miramon, dieron un verdadero asalto á Maximiliano.*

que el pretexto para tal premio, fué el de los *buenos servicios diplomáticos*.

Ya sabemos por la historia lo que fué la *embajada* de Márquez.

Luego se llamó también á Miramón que estaba medroso porque volvía al país sin licencia.

Estos generales, luego que estuvieron bien aleccionados en el Club de Fischer, abordaron la cuestión. Miramón y Márquez dieron un verdadero asalto á Maximiliano.

—No abdique V. M., le dijo Márquez: nuestras espadas tienen buen temple para sostener el trono.

—Yo, le dijo Miramón, con inferiores recursos y elementos á los que hay ahora disponibles, sostuve el poder dos años y hubiera triunfado en Veracruz si no interviene la escuadra de los Estados Unidos.

—¿Y no volverá á intervenir la misma escuadra? preguntó Maximiliano con sorna.

—Ahora lo pensará mucho el gobierno americano antes de hacer cosa semejante porque V. M. tiene á la espalda á Francia, Austria y Bélgica.

—Y también á Inglaterra y España, agregó Márquez, interesadas en sus créditos.

—Ahora, dijo Miramón con entusiasmo, teniendo un pié veterano de diez mil hombres austriacos y belgas y con los franceses que quieran quedarse y organizando nosotros un ejército de veinte mil hombres, sin contar con los que están combatiendo que son ya algunos miles, dominaremos en ocho meses á las chusmas de Juárez.

—En cuatro meses, interrumpió Márquez: yo me

comprometo á causarles la primera derrota que les hará no volver á levantar cabeza.

—Organizaremos también contraguerrillas, añadió Miramón.

—Y nos aprovecharemos de la división que reina en el campo republicano ahora que Gonzalez Ortega y Santa Anna aspira cada cual por su lado á la Presidencia.

Maximiliano pareció animarse y estuvo un momento pensativo ante estos y otros ardorosos ofrecimientos, despues contestó pausadamente:

—Muy agradecido estoy á ustedes, mis queridos generales, de su decisión y fidelidad, y crean que si llegara á vacilar en mi determinación que considero irrevocable, en nadie más que en ustedes fundaría mis esperanzas para el porvenir.

—¡La plaza está rendida! ¡la plaza es nuestra! exclamó Fischer luego que se le reprodujo palabra por palabra esta conversación.

Maximiliano dijo al día siguiente á los que lo rodeaban:

—Que vaya el ministro Arroyo á México á conferenciar con Castelnau para saber si el gobierno francés me deja al menos libertad de acción.

Y fué Arroyo y ni él ni Lares pudieron arrancar á los franceses su secreto; y mas se afanaron todavía sin conseguir nada; pero los días pasaban y el suelo quemaba. . . . Entonces Maximiliano dirigió una carta al Mariscal Bazaine para que él, el ministro y el general Castelnau le dijeran categóricamente á qué debía atenerse, una vez que su propósito firme era tirar la corona.

Entonces los tres franceses cayeron en el *garlito* y

juzgando ya como un hecho efectivo la abdicación, contestaron que ellos se encargarían de reembarcar á la legión austro-belga, y de liquidar los licenciamientos; de dar el dinero que se pedía para la familia de Iturbide y de arreglar las cuentas que quedarán pendientes con el *nuevo gobierno*.

—¡Con el nuevo gobierno! exclamó Maximiliano lleno de cólera, luego es cierto que me están traicionando, luego es verdad que Castelnau trae instrucciones para tratar con los republicanos. . .

Y cayó en un abatimiento profundo.

Pero en seguida recibió una carta de Eloin, de su querido Eloin, fechada en Bruselas en que le abría los ojos respecto de la duplicidad de Napoleón y en que le aconsejaba que no abandonara la partida antes del regreso á Europa del ejército francés, para darle siquiera ese chasco al autócrata de las Tullerías.

Entonces dijo á sus íntimos:

—Señores: Eloin es el único que piensa con juicio y el único que va conforme con mis deseos y con mis aspiraciones: es necesario hacer un llamamiento al pueblo mexicano para que exprese libremente su opinión. Si quiere el imperio, tendrá el imperio conmigo si acaso acepta mis condiciones ó con cualquiera otro que designe; si quiere la república, entregamos la situación á los republicanos.

—*Nequamquam*, contestaron por lo bajo los conservadores, lo que interesa es que ganemos el último albur, aunque sea con trampa.

Todavía el día 20 de Noviembre puso un mensaje